

Las Crónicas de Svealandgard



Primer Kito: "El Tratado
de Villa Rescoldos"

Este texto es una copia transcrita a mano de las memorias de un servidor, Lord Lars de Myrma, Skaar de Myrma y por aquel entonces Legado del Concilio de Ignisgard, de lo que fue el primer y último viaje diplomático de dicha nación. Un manuscrito del que hago entrega a la Biblioteca de Thalesia, con el fin de propagar y hacer perdurar en el tiempo la Historia, Cultura y Conocimiento mayúsculos sobre nuestro pueblo, para que llegue a futuras generaciones y a todos los rincones de Thalesia.

"Primer Kito: El Tratado de Villa Rescoldos" pertenece a una recopilación más amplia de crónicas y memorias denominada "Las Crónicas de Svealangard", que con los mismos objetivos expuestos en el párrafo anterior trata de dar visibilidad a la Unión de Svealangard y hacerle un hueco en la Historia de Thalesia a esta gloriosa república.

Firmado,



Lord Lars de Myrma

ᚠᚱᚱ ᚠᚱᚱ ᚱᚱ ᚠᚱᚱ

Skaar de Myrma y Consejero de la Moneda de la Unión de Svealangard

Año 179 de nuestra era, día 15 de su cuarto ciclo. Era primavera, los árboles floridos y el amable sol nos daban la bienvenida a Svealand, una tierra extraña y desconocida... pero que de alguna manera sentía cercana. Mis sentidos alcanzaban a vislumbrar más allá de lo mundano. Podía ver a la perfección las volutas que delataban el rastro de algo muy familiar. La tierra estaba sana, la brisa entonaba una hermosa melodía y un brillo etéreo decoraba el cielo. Sentía la magia en aquel lugar, y eso me reconfortaba... Me reconfortaba el hecho de saber, que aquella gente no había padecido la tragedia que los nyrmandos y allmarinos padecimos en su día. El carruaje avanzaba por la calzada, siguiendo el cauce del Río Suelón. A los lados del camino podían vislumbrarse estructuras ruinosas de piedra desperdigados por el campo, restos de otros que perecieron en estas tierras... creo recordar que el Reino de Thule pasó por aquí. ¡Al fin! Ya se veía a lo lejos la hermosa Villa Rescaldos.

Cuando nuestro carruaje atravesaba el enorme portón, de alguna forma sabía que aquel día cambiaría nuestras vidas para siempre, tanto la de los ignisgardianos, como la de los suelonios.

Aparté la cortinilla y través del ventanuco del carruaje observé a aquella gente. Los suelonios eran un pueblo fuerte y unido, que habían logrado prosperar frente a la adversidad, desde que apenas eran un puñado de cabañas en el bosque hasta nuestros días. Había miles de miradas distintas posadas sobre nosotros, miradas de desconfianza, miradas de curiosidad, miradas de esperanza, miradas que comprendían... que aquello era necesario. Miré entonces a Elladar. Sonreía, él también comprendía que aquello era necesario... los dos lo comprendíamos, aunque la incertidumbre de lo que estaba por ocurrir era palpable. Llegamos hasta una enorme plaza, en cuyo centro se emplazaba una enorme catedral. Elladar y yo bajamos del carruaje, y entonces nos recibió una guarnición de escolta que nos condujo hasta el Castillo del Sohail, desde donde los señores de Svealand

gobernaban a su pueblo, y donde tendría lugar nuestra cita.

En el trayecto hacia el centro neurálgico de la nación, fuimos testigos de algunas de las maravillas que coronaban aquella próspera Villa Rescaldos. Para empezar el propio Río Suelón, que cruzaba la ciudad de punta a punta, salpicado de pequeños botes pesqueros en los que humildes pescadores lanzaban sus redes al río, esperando conseguir algo que vender en las lonjas. El puerto era concurrido, mercaderes autóctonos y de otras partes del mundo negociaban con los ciudadanos que trataban de hacerse con sus bienes en los coloridos tenderetes que allí plantaban. Conforme nos acercábamos al castillo, más guerreros, guardias y milicia veía en las calles, vigilándonos. Guerreros, guardias y milicia de los que se contaban historias en tabernas lejanas. Pude ver por primera vez aquellos cuarteles, donde los guerreros y aliados de Svealand residían, velando por la seguridad del pueblo suelonio. Y finalmente... nuestro destino, el Castillo del Sohail. Sus imponentes muros nos daban la bienvenida con soberbia, y cuando los portones se abrieron, supe que ya no había vuelta atrás.

Ragnar Jorgänsson y el honorable Kurono nos recibieron en el castillo. Ellos serían nuestros interlocutores en una intensa reunión, en el que se decidiría el destino de dos naciones... dos naciones que dejarían de existir. Su hospitalidad no tenía parangón. Colmaron nuestros cuernos de cerveza y nuestros estómagos de carne. Tuvimos una entretenida velada previa a las negociaciones, en las que tuvimos el placer de conocernos un poco mejor. Lo que entonces se habló, no es parte de esta historia. Solo voy a hablaros de tan intrigante reunión. Se habló de un problema, y de cómo solventarlo. Se habló de unidad, para hacernos más fuertes. Se habló de estrategias, con las que conseguir la ansiada victoria. Y se habló... de cambiar nuestros destinos, hasta entonces separados, y escribir el nuestra propia historia. Cuando la tinta pintó el papel, y nuestras manos se juntaron en un amistoso apretón, zanjando todo aquello que se habló... pude sentirlo... la tierra se

estremeció, el sol brilló con más fuerza y la marea subió levemente, elevando el caudal del río. Fue algo imperceptible para la mayoría de mundanos, pero Elladar y yo lo sentimos, y nos miramos, comprendiendo lo que estaba sucediendo. Los dioses aprobaban nuestra unión. Aquel día Svealand ya no sería la misma. Aquel día el Concilio de Ignisgard dejaría de existir tal y como era hasta el momento. Aquel día, tan memorable en nuestra Historia, renacería de las cenizas una nueva y poderosa nación, destinada a grandes hazañas, la Unión de Svealangard.

Y cuando nuestro carruaje atravesaba de vuelta el enorme portón, de alguna forma sabía que aquel día había cambiado nuestras vidas para siempre, tanto la de los ignisgardianos, como la de los svelonios.